

Manuel Bianchi

La Imprenta en Chile (1)

I

En la celebración del IV Centenario de la introducción de la imprenta en México, que es el punto de partida indiscutible para la formación de la cultura indo-española, no podía faltar la voz de un representante de los otros países hermanos de América, ya que a todos nos alcanzó el beneficio que trajo al Anahuac la publicación en el continente de los primeros libros.

Y cabe particularmente el honor al representante de Chile de alzar su voz en este concurso por una circunstancia que concurre muy felizmente al homenaje que tributamos a México; el que haya sido un chileno, el ilustre polígrafo don José Toribio Medina, quien estudiara más a fondo la historia

(1) El presente bosquejo sobre «La Imprenta en Chile», fué leído por su autor, don Manuel Bianchi, Embajador de Chile ante el Gobierno de México, en el Primer Congreso Bibliográfico Mexicano, que se realizó en el mes de Abril del presente año en la metrópoli de aquella nación.

La sesión en que fué leído este trabajo, lleno de interés, estuvo presidida por el Rector de la Universidad Nacional de México señor Luis Chico Goerne y asistieron, entre otros, los siguientes representantes diplomáticos: Decano del Cuerpo Diplomático Embajador de Guatemala señor Manuel Echeverría y Vidaurre, Ministros Plenipotenciarios de Colombia, del Perú, de Honduras, de El Salvador, de Venezuela, de Santo Domingo y de Bolivia, y Encargados de Negocios de la República Argentina y de Nicaragua.

La asamblea por unanimidad y a propuesta del historiador don Alfonso Teja Zabre, resolvió declarar «Benémrito de la Historia de América» a don José Toribio Medina.

Al mismo tiempo acordó publicar, por cuenta del Congreso, el presente bosquejo del Embajador de Chile.

de la imprenta en este país con su obra monumental que abarca de 1539 a 1821.

Toca a España en esta oportunidad, también, el reconocimiento sincero y amplio de todos nuestros pueblos. Fué la liberalidad de los Reyes don Fernando y doña Isabel la que llevó la imprenta a la Madre Patria, desde donde más tarde debía ser transportada a América. Conviene en efecto, recordar que en 1480, reunidas las Cortes en Toledo decretaron una de más de las famosas leyes de los tiempos de los Reyes Católicos, consignada en su texto original por Fray Francisco Méndez en su obra «Tipografía Española o Historia de la Introducción, propagación y progresos de la imprenta en España».

Dice esa ley de 1480:

«Considerando los reyes de gloriosa memoria, quanto era provechoso y honroso que a estos sus reinos se truxiesen libros de otras partes, para que con ellos se hiciesen los hombres letrados, quisieron y ordenaron que de los libros no se pagase alcabala; y porque de pocos días a esta parte algunos mercaderes nuestros naturales y extranjeros han traído y de cada día traen libros muchos buenos, lo qual parece que redundan en provecho universal de todos e ennoblecimiento de nuestros reinos, por ende ordenamos e mandamos que allende de la dicha franqueza, de aquí adelante de todos los libros que se truxeren a estos nuestros reinos, así por mar como por tierra, non se pida nin se pague, nin se lleve almojarifazgo, nin diezmo, nin portazgo, nin otros derechos algunos.»

Si bien es cierto que disposiciones posteriores de la Corona restringieron la propagación de los libros en España y sus colonias, la ley citada de los Reyes Católicos fué el punto de partida para que las impresiones se multiplicasen en la Metrópoli y para que Juan Pablos, a quien con justos títulos puede llamarse el primer impresor de América, iniciase más o menos en 1536 en esta capital de la Nueva España, su labor tan importante como trascendental para el Nuevo Mundo.

En América la imprenta saltó desde México al Perú, pudiendo fijarse como la fecha de su establecimiento en Lima. el año de 1584.

Desde estas dos grandes ciudades coloniales, irradiaron los beneficios de la imprenta hacia las demás pertenencias españolas en América.

El reino de Chile fué uno de los últimos en contar con el establecimiento en su propio territorio de la industria en referencia, la que sólo vino a figurar como tal en el país ape-

nas unos pocos años antes de iniciarse la revolución de la Independencia.

Este atraso en contar con imprenta propia se explica muy fácilmente si se toma en cuenta que Chile fué uno de los territorios más pobres del hemisferio, y aquel en el que la conquista tuvo que luchar con mayores dificultades debido a la guerra permanente que sostuvieron con los españoles las tribus araucanas.

La ignorancia sobre el territorio chileno se mantuvo en España hasta muchos años después de haberse establecido la imprenta en México.

Por ejemplo, la *Historia General de las Indias* de López de Gomara publicada en 1552, contiene respecto de Chile las mayores inexactitudes. Se refiere al conquistador don Pedro de Valdivia con frases vagas y noticias sin importancia y hace del territorio chileno el siguiente curioso apunte:

«Con todo este trabajo y miseria, descubrieron mucha tierra por la costa y oyeron decir que había un señor dicho Leuchén Golma, el cual juntaba doscientos mil combatientes para ir contra otro rey vecino suyo y enemigo que tenía otros tantos; y que Leuchén Golma poseía una isla, no lejos de su tierra en que había un grandísimo templo con dos mil sacerdotes; y que más adelante había amazonas, la reina de las cuales se llamaba Guanomilla, que suena cielo de oro, de donde argüían muchos ser aquella tierra muy rica; más pues ella está, como dicen, cuarenta grados de altura, no terná mucho oro; empero ¿qué digo yo, pues aún no han visto las amazonas ni el oro, ni a Leuchén Golma, ni la isla de Salomón, que llaman por su gran riqueza?»

Noticias exactas respecto de Chile, de la conquista que desarrollaban las huestes de los españoles en esas lejanas tierras, y del verdadero valor de la raza indígena que las poblaban, se encuentran por primera vez en la «Araucana», famoso poema en octava reales de don Alonso de Ercilla y Zúñiga cuya primera edición se publicó en Madrid en 1569.

Es curioso anotar que haya sido un poeta, antes que los cronistas de la época, el que diese en España datos fidedignos de aquél último rincón del mundo en donde hasta entonces, para todos, sólo surgía una tierra misteriosa, henchida de sacerdotes y guerreros y con una región «cuajada de oro y poblada únicamente por mujeres».

No sólo don Alonso de Ercilla y Zúñiga dió realidad a las noticias sobre nuestro país, sino que tuvo la gran cualidad

de enaltecer a los héroes autóctonos que luchaban fieramente contra la invasión de sus tierras.

Los personajes principales del poema son Colocolo, Caupolicán, Lautaro, Galvarino, es decir, los jefes indígenas que defendían su patrimonio ancestral, palideciendo por completo las figuras de los capitanes españoles.

Se refiere, apenas, a don García Hurtado de Mendoza, el sucesor de Pedro de Valdivia en la Conquista, bautizándolo de: «el joven capitán acelerado».

La obra de Ercilla tuvo tan enorme popularidad en España que rápidamente se multiplicaron las ediciones, reimprimiéndose en Salamanca en 1574, en Amberes en 1575, y en Zaragoza en 1577.

La difusión alcanzada por la «Araucana» permitió que la Metrópoli se preocupase algo de su lejana colonia de Chile.

En 1584 se fundó en Santiago una escuela de primeras letras, la que alcanzó a funcionar durante unos meses. En 1618 se autorizó a Juan de Oropeza y a Melchor Torres de Padilla para «que pongan escuelas de enseñar a leer y escribir».

Había ya, en la fecha, algunos colegios o seminarios de teología y otros estudios superiores, pero la instrucción era nula en las ramas primarias.

Se comprende, pues, con todos estos antecedentes, que la cultura de los habitantes de Chile en aquel entonces fuese rudimentaria y que la adquisición lenta de conocimientos por criollos y aborígenes dependiese en gran parte de los que irradiaba Lima o de los que, desde más distancia, reflejaban México y España.

II

La introducción de la primera imprenta en Chile, que se realizó solamente el año 1747, no fué conocida en sus detalles ni por don José Toribio Medina, autor de la «Bibliografía de la Imprenta en Chile», ni por don Diego Barros Arana autor de la monumental «Historia General de Chile».

Quien ha dado a conocer el antecedente exacto sobre el particular ha sido, últimamente, el historiador don Domingo Amunátegui Solar.

Según los datos recién descubiertos, la gloria de haber llevado la primera maquinaria para imprimir libros a Santía-

go corresponde a la Compañía de Jesús, y en particular al Padre Carlos Haimhausen, hijo de una distinguida familia de la nobleza de Baviera, y con parientes en la corte de Viena.

En la «Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España», publicada en Madrid en 1925 por don Antonio Astraín, se refiere la forma en que el padre Haimhausen llevó a Chile los elementos para implantar diversas industrias.

El historiador de la orden de San Ignacio cuenta al respecto lo siguiente:

«A fines de 1740, se celebró congregación provincial en Chile y fué nombrado procurador el padre Carlos Haimhausen y por compañero suyo el padre Pedro Illanes. Vinieron ambos a España, y durante siete años trabajó lo que no es decible el padre Carlos para reunir una expedición de 40 misioneros. Era este padre de la primera nobleza de Alemania, tenía muy buenas relaciones en aquel país y así pudo ejecutar una obra curiosa, que sólo era posible para él. Había observado la gran falta que se sentía en todo Chile, de oficiales mecánicos. En aquella colonia agrícola y guerrera, donde el español debía manejar hoy el arado y mañana la espada, eran poco menos que desconocidas muchas artes e industrias que iban progresando en Europa. Discurrió, pues, el padre Haimhausen que convenía llevar hermanos coadjutores que supieran las artes y oficios de Europa. Con aprobación del padre general fué recorriendo, uno por uno, los principales colegios de Alemania. Como no siempre hallase entre, nuestros coadjutores los artistas que deseaba, introdujose en las fábricas de aquellas tierras, y donde veía católicos buenos y diestros, convidábalos a entrar en la Compañía para coadjutores y a incorporarse en la provincia de Chile. Algo extraño pareció este procedimiento y no faltó quien pensase que al padre Carlos se le había debilitado el cerebro. Empero, él sabía lo que se hacía, y en 1747 pudo reunir en Sevilla su expedición de 40 jesuitas, en la cual figuraban un buen número de coadjutores que sabían los oficios de plateros, fundidores, relojeros, pintores, ebanistas, carpinteros, boticarios, tejedores, bataneros y otros oficios muy necesarios para la vida doméstica y civil.»

El Padre Haimhausen embarcó de regreso a Chile en Lisboa y llegó a Buenos Aires a fines de 1747. En la aduana del Plata hizo declaración juramentada del contenido de 386 cajones y fardos que formaban el equipaje de él y de los 45 coadjutores que lo acompañaban.

En el manifiesto hecho al respecto, autorizado en Buenos Aires para que pasaran los efectos por la aduana el 10 de Noviembre de 1747, especificó el Padre Haimhausen, entre muchas otras cosas: «Cinco cajones para imprenta de libros».

En Santiago el 6 de Mayo de 1748 los funcionarios reales

abrieron las cinco cajas mencionadas y hallaron que contenían «instrumentos de imprenta de libros».

Los jesuitas no alcanzaron a utilizar propiamente el material traído, pues la expulsión de la Orden de Chile, efectuada en 1767, fué anterior a las primeras publicaciones hechas en la capital de la colonia.

Según don José Toribio Medina el comienzo de obras impresas en Santiago corresponde a los años de 1780 a 1811.

Don Domingo Amunátegui Solar, con mucha lógica, llega a la conclusión de que la imprenta llevada por el Padre Haimhausen en 1748 debió servir forzosamente para las publicaciones que don José Toribio Medina cita en su *Bibliografía*.

Es, pues, erróneo el punto de partida de muchos de los historiadores chilenos, que han considerado a Hoevel como el iniciador de la imprenta en Chile y a Camilo Henríquez como quien primero la utilizó.

La verdad es que Camilo Henríquez es sólo el fundador de la prensa chilena, ya que utilizando los tipos de Hoevel comenzó a publicar en 1812 los periódicos «La Aurora» y en seguida «El Monitor Araucano».

Desde este momento la imprenta tomó en Chile un progreso franco, especialmente desde el punto de vista de la publicación de periódicos o diarios.

Con propiedad puede afirmarse, en consecuencia, como lo expuse al iniciar este bosquejo, que la imprenta se inicia en Chile casi conjuntamente con la época de la Revolución de la Independencia. Es posterior en dos siglos y medio al nacimiento de la imprenta en México y en dos siglos a la aparición de los primeros libros publicados en Lima.

No hemos tenido en Chile el período brillante del libro colonial que en México alcanzó tan amplio desarrollo.

La página confeccionada con amor, con el cuidado de quien entregará a los espíritus ávidos un obsequio para los ojos, para el tacto y para la mente, nunca pudo realizarse en Chile durante la Colonia.

«El libro impreso en México y en el Perú en el siglo de oro español es superior aun en algunos detalles a los impresos aun en la propia España» apunta el señor Demetrio S. García en su estudio «La Imprenta en América».

Y continúa:

«La tinta utilizada por los primeros impresores americanos tiene algo especial que da un carácter peculiar a los impresos, es más agradable a la vista que las empleadas en Europa, es más tersa, forma con el papel un conjunto armonioso e inconfundible, como el que hace el conquistador con su caballo en el hermoso valle de Anáhuac; parece que los impresores mexicanos poseyeron el secreto de mezclar la tinta, o de fabricarla en algunos casos con jugos de plantas americanas, que se lo arrancaron a los indígenas, quienes trazaban sobre el papel, fabricado con penca de magüey, jeroglíficos y caracteres, diversos, o bien, como nos comunica nuestro excelente amigo licenciado don Alfonso Toro, reputado como uno de los mejores historiadores actuales y gran crítico de arte, que mezclando los huesos de conejo, bien quemados y molidos, con humo y otras substancias, obtenían un tinta especial y un color inmejorable y raro, que usaron mucho los impresores y pintores en la época colonial.»

III

El afianzamiento de las instituciones democráticas en la República de Chile permitió, desde los albores de la Independencia, la fundación de órganos de publicidad con carácter permanente en condiciones que han hecho progresar el periódico hasta límites insospechables.

Bastaría citar el caso de «El Mercurio» fundado en Valparaíso el 12 de Septiembre de 1827, y que continúa publicándose sin haber tenido ninguna interrupción desde el día de su nacimiento hasta la fecha. Es éste el órgano de la lengua castellana más antiguo del continente, y seguramente uno de los elementos más prestigiosos de la cultura de estas tierras.

Ninguno de los libros aparecidos en Chile desde el establecimiento de la primera imprenta hasta el año de 1842, tiene mayor importancia. Las manifestaciones intelectuales chilenas están casi exclusivamente dedicadas a los artículos para los periódicos.

El más importante de los libros de aquel período, es la obra «Las Sociedades Americanas» de don Simón Rodríguez, el maestro del libertador Bolívar.

Desterrado Rodríguez de su patria, tué a parar a Chile y ahí tué editado su libro, reflejo del vigoroso y original temperamento del autor, «cuya inteligencia flotaba en la zona intermedia entre la razón y el delirio» (Augusto Orrego Luco).

El movimiento intelectual chileno inicia la formación de su personalidad a partir de 1841. Es la época de la influencia muy merecida que ejerce desde la Universidad otro venezo-

lano ilustre, don Andrés Bello, y cuando el país produce talentos nacionales como Francisco Bilbao y José Victorino Lastarria.

De aquí en adelante se entra de lleno a la evolución pre-contemporánea y a la actual del libro en Chile y por consiguiente a la presente situación de su imprenta; pero no es mi propósito abordar esta parte del tema.

Debo, sí, consignar las palabras del argentino Alberto Ghirardo, quien en un artículo dado a conocer hace dos meses en Santiago manifestaba:

«Ahora bien, y es de justicia, también, decirlo: No es posible negar el progreso alcanzado por la imprenta en Chile; grande, enorme, extraordinario esfuerzo, digno del más caluroso de los aplausos.»

IV

Pero no podrían terminarse mis palabras sin cometer omisión grave, si dejase de recordar más detenidamente el hombre que ha contribuido al mejor conocimiento de la historia de la imprenta en América. Me refiero nuevamente al chileno don José Toribio Medina.

Nació mi ilustre compatriota en Santiago de Chile el día 21 de Octubre de 1852, y hasta el día de su muerte, el 11 de Diciembre de 1930, a los 78 años de edad, trabajó incansablemente investigando en los archivos de todas partes, para darle a la historia de la época colonial de América toda la realidad indispensable para apreciar su sentido social.

No le interesó a don José Toribio Medina sino la historia del Nuevo Mundo y a sus investigaciones concretó todos sus esfuerzos.

Según Mr. Garnett, Director del Museo Británico, don José Toribio Medina tuvo la audacia de «tomar un continente entero como su provincia» y gracias a este espíritu pudo entregar a los países americanos documentos nutridos y valiosos para la fiel interpretación histórica del periódico colonial.

Particularmente interesó a Medina la historia de la imprenta en América, de la cual hizo el más profundo estudio bibliográfico que haya realizado investigador alguno en el mundo. Basta para comprobar esta afirmación, citar la lista de las obras de Medina que se refieren al tema:

México (1539-1821), ocho tomos.
Lima (1584-1824), cuatro tomos.
Puebla de los Angeles (1640-1821).
Guatemala (1660-1821).
Manila (1593-1810), dos volúmenes.
Paraguay (1705-1727).
Córdoba del Tucumán, (1766).
Buenos Aires (1780-1810).
Montevideo (1807-1810).
La Habana (1707-1810).
Bogotá (1739-1821).
Ambato (1754-1759).
Quito (1760-1818).
Angostura (1819-1820).
Curazao (1814).
Guayaquil (1810-1822).
Maracaibo (1822).
Nueva Orleans (1769-1810).
Nueva Valencia (1764-1813).
Panamá (1822-1823).
Popayan (1816-1819).
Puerto España (1786-1790).
Puerto Rico (1808-1817).
Querétaro (1821).
Santa Marta (1816).
Santiago de Cuba (1792-1810).
Santo Domingo (1821).
Tunja (1814).
Guadalajara de México (1793-1821).
Veracruz (1794-1821).
Oaxaca (1720-1820).
Cartagena de las Indias (1809-1820).
Caracas (1808-1821).
Mérida de Yucatán (1813-1821).
Santiago de Chile (1780-1817).

México tiene la honra de ser la primera ciudad del continente que contó con una imprenta. Con muy justa razón, y con motivo del IV Centenario de su establecimiento, se ha hecho notar que cuando Nueva York era apenas una aldea, ya en la ciudad de los Palacios se contaba con los medios que los materiales de imprimir dan para el desarrollo de una cultura.

También la imprenta de México aventajó a la que se estableció por primera vez en Madrid, dato que da aún mayor importancia a la fecha que recuerda este Congreso auspicioso.

Según opinión de don José Toribio Medina, no comprobada, la primera obra que se publicó en la Nueva España

fué «La Escala Espiritual de San Juan Clímaco» dada a luz el año 1537. Esta misma opinión la sostiene don Juan García Icazbalceta.

La fecha del establecimiento de la primera imprenta en México se hace imposible de precisar con los documentos actualmente existentes, pero no hay duda de que nos encontramos en los meses más o menos anteriores o posteriores al IV Centenario de su instalación.

Don José Toribio Medina vino a México para investigar aquí lo relacionado con la imprenta y otros temas de la época colonial de la Nueva España.

El amor a los libros llevó a don José Toribio Medina a estudiar el desarrollo de la imprenta en América y a reunir una de las más extraordinarias bibliotecas sobre asuntos americanos que se conozcan.

Tenía verdadero afán por los incunables, por los manuscritos, por los infolios curiosos.

Afán de hombre enamorado del libro, tan fuerte y pertinaz en don José Toribio Medina, que fué el único atractivo de su vida. Llegó su amor a la imprenta a convertirse casi en manía, hasta el extremo de haber instalado en su propia casa un taller editorial.

Más de alguno de sus libros fué no sólo escrito por sus manos llenas del polvo de los archivos de Indias, sino que esas mismas manos ordenaron los tipos y movieron la prensa que entregó la obra al público.

Noble y santa manía por la imprenta la de don José Toribio, noble y santa porque ese espíritu que a él lo animó constantemente es el que hace más serenos a los hombres y más felices a los pueblos.